

# LA HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL

## LA AVENTURA ATLANTICA

### SEGUNDA PARTE



HERNANDO GAITAN L.

La Flotilla Española de Indias, conforme al derrotero prefijado, hizo rumbo al Archipiélago de las Canarias sin que se hubieran registrado acontecimientos de mayor importancia en sus ocho (8) días de travesía, salvo la rapidez y buen concierto de las tres embarcaciones, un pequeño des-

perfecto en el timón de La Niña que fue prontamente reparado, así como su aparejo de velamen latino que fue cambiado por uno de velas cuadradas, más apropiado para la navegación de popa.

Lanzarote, Fuerte Ventura, la Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Palma e Isla de Hierro, que los antiguos denominaron Islas Afortunadas, constituían entonces el puesto marítimo más avanzado de España en el Océano Atlántico. En la rada del puerto de Las Palmas en la Gran Canaria echaron el ancla al amanecer del día nueve (9) de agosto. Aquí nuevamente se puso de presente la previsión del Almirante al reemplazar los víveres consumidos hasta entonces por conservas de pescado. Finalmente, el cinco (5) de septiembre, después de renovar los depósitos de agua y leña, y una vez que las tripulaciones oyeron por última vez misa en la iglesia de la Ascensión de las Palmas, se hicieron a la vela sobre el mar ignoto. El nueve (9) de septiembre vieron por última vez tierra al desaparecer a popa la Isla de Hierro, la más occidental del Archipiélago.

Tres semanas de viaje había pronosticado Colón, al fin de las cuales avistarían tierra después de haber recorrido setecientas cincuenta (750) millas. Este cálculo, destinado a convencer gentes ignorantes y supersticiosas, en concepto de varios historiadores, comenzó a reducirse peligrosamente el 1º de octubre cuando ya llevaban recorridas setecientas siete (707) millas. Y por ello no obstan-

te que la travesía ha resultado fácil, los marineros se muestran impacientes y amenazan con un motín. Durante ocho (8) días consecutivos han venido navegando por el Mar de los Sargazos y la vista de aquel monstruoso prado cuyas pegajosas masas de algas, que decíase apresaban para siempre toda nave, hacen pasar del incipiente al temible nerviosismo a estos hombres que han perdido la fe. Pero el Almirante, a pesar de su angustia, se mantiene imperturbable y logra imponerse siempre. Nuevamente obra milagros la creencia que mantiene en su propio destino. A cada instante imaginan ver tierra en el horizonte, pero luego sobreviene la decepción y la desconfianza. Pinzón, su segundo de abordo en la Carabela Almirante logra convencer a Colón que varíe el rumbo hacia el Sur. Aquí es cuando el destino juega una mala pasada a la España Intrépida y al Gran Descubridor. Este viraje hacia el Oeste-Sur-Oeste conduce la expedición rumbo a la América Central y la del Sur, dejando la Florida y la América del Norte para los afortunados ingleses.

El día setenta (70) aparecen los primeros indicios "Hierbas frescas, una rama de espino florida, gaviotas y una luz"... El Almirante había escrito la víspera en su diario, "Toda la noche se oyeron pasar pájaros". Por fin el 12 de octubre, una estrecha franja de costa entre aguas tranquilas y cielo violento. Se echa el ancla y las chalupas son lanzadas al agua.

Al tomar posesión el Almirante sueña más que nunca con Cipango el país del oro y no pasa por su mente que ha descubierto un mundo y que ha llegado a una de las Bahamas al norte de la futura Cuba. Los naturales son indios a no dudar y desde entonces se llamarán así. Se truecan presentes de amistad pero el oro no aparece por parte alguna. Hay que encontrarlo a toda costa, es la consigna, y el Almirante prosigue su expedición de isla en isla tras el preciado metal y las especias del Gran Khan. Muy guardada lleva la carta que los reyes envían a este soberano, pero nadie parece saber de su existencia. Estos hombres de tez cobriza que andan desnudos son bien hechos, de buena estatura y buenos gestos. No traen armas ni las conocen. Cogen las espadas de los españoles por el filo y se cortan las manos por ignorancia. Todo esto nos dice el Almirante en sus escritos de viaje y agrega algo más, deben ser buenos servidores y cree que ligeramente se harán cristianos. Observa en varias ocasiones que ha visto con frecuencia indios casi tan blancos como los españoles o de tez más blanca que los guanches de las Canarias. Para él esta circunstancia no despierta mayor interés, pues como creía encontrarse en Asia, sabía de oídas que a esas tierras habían llegado muchos europeos. Al describir el estado paradisíaco de los naturales, no contaminados aún por la cultura occidental, da pie para la leyenda del buen salvaje que habrían de preconizar más tarde intelectua-

les de la talla de Rousseau. Pero todas estas cosas no le hacen perder de vista la idea capital de la expedición:

"Yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz...". Esto lo impulsa a proseguir en la búsqueda de Cipango. Se aleja de Guanahaní en donde sólo permanece lo indispensable. Pero los mensajeros regresan siempre de sus misiones con la desagradable noticia de que nadie ha visto al Gran Khan. Entre las cosas que llaman la atención de los españoles el Almirante oye hablar de una cama, llamada por los nativos hamaca. Sobre ella descansan los salvajes suspendiéndola de los postes de las casas, cosa piensa él que también pueden hacer los marineros después de terminada la guardia. Esta idea con el correr del tiempo hará menos tediosas las horas de descanso en las largas rutas oceánicas. Su entusiasmo aumenta a medida que va descubriendo la belleza del trópico y su mente se puebla de fantasías, pues al lado de tanta belleza deben encontrarse el oro y las piedras preciosas. Los salvajes que posiblemente adivinan su anhelo y sus ansias de oro mencionan varios lugares y uno de ellos advierte que el gran poseedor reside en Cibao, que Colón identifica con Cipango. Nuevamente se hace a la mar y sus mensajeros recorren las islas a donde arriban los expedicionarios. Sus noticias nada dicen del oro, sólo se limitan a la naturaleza, al carácter del

país y a las especias. Siempre que se cruzan con los naturales observan que estos llevan en las manos tizones y ciertas "yerbas" para tomar sus sahumerios, que mantienen en cierta hoja seca también, a manera de mosquito, que ellos denominan tabaco.

En uno de estos lugares oye por primera vez que los salvajes mencionan a la isla de Haití con "temerosa admiración y marcado terror". Llamaban a sus moradores "caniba", que por una errada interpretación de Colón al escucharla de labios de su intérprete, juzga como apelativo de los súbditos del Gran Khan. De esta palabra saldrá más tarde el vocablo canibal que acompañará siempre a los pueblos caribes.

Un buen día Martín Alonso Pinzón desapareció con la Pinta en busca del ansiado metal. A comienzos de diciembre llegó Colón a Haití. Sus relaciones con los naturales fueron amistosas desde un principio. Allí tuvo la desgracia de perder la Santa María que encalló en un banco de arena. Parte de su dotación transbordó a la Niña y el resto debió permanecer en tierra, en un fuerte, con provisiones para un año. Mientras se erigía la fortaleza logró a base de intercambio con los indígenas reunir un apreciable montón de oro, lo suficiente como para sufragar el costo de la empresa de las Indias. Así como se había ido sorpresivamente a aventurar por su cuenta, inesperadamente regresó Martín Alonso Pinzón. La llegada de su segundo disminuyó en algo la turbación que a su ánimo

había llevado la idea de que éste pudiera adelantarse y cargar con la gloria de sus descubrimientos. Empero, estos descubrimientos se veían enturbiados por no haber podido llegar a Cipango ni haber encontrado las islas fabulosas donde el oro, las piedras preciosas y las especias se brindaban a montones a los dichosos mortales que sentaran su planta en ellas. En ninguna parte este mundo exuberante de vegetación y de colores presentaba semejanza con las ciudades maravillosas que visitaron los Polo y que se imaginó la prodigiosa fantasía de Joan de Mendeville. Los sucedáneos de la pimienta, la canela y la nuez moscada serían de muy poco valor comercial en los mercados y puertos europeos. Embargado por estos sentimientos el desprevenido navegante, descubridor de un Nuevo Mundo, resolvió su regreso entre el 15 y el 16 de enero de 1493. Si antes se habló de su inteligente previsión al hacer los preparativos de la empresa, su viaje de regreso deja muy en alto sus capacidades y energías, secundadas al máximo por aquellas tripulaciones españolas cuya pericia, resolución y temple fueron dignas de la magna epopeya que legaron a la historia del mundo. Ya no contaron con el apoyo de los benévolo alisios que presidieron su viaje iluminado del descubrimiento, sino que entraron dificultosamente en la zona de vientos del oeste y luego a las dos semanas de su partida, los vientos de poniente los precipitaron en medio de la tempestad, fácil presa de violentas

marejadas y a merced de huracanes helados. Penosamente fueron abriéndose campo hacia el este y en medio de los elementos desencadenados batallaron del 12 al 15 de febrero que amainó el temporal y avistaron la isla de Santa María, la más meridional de las Azores.

Los portugueses que oyeron con desconfianza el relato de un viaje al Asia hecho por el Almirante, se inclinaron a pensar que éste había realizado solamente un crucero clandestino a Guinea y después de algunas exigencias de rigor y ciertos inconvenientes, lo dejaron continuar su ruta, sin imaginar jamás que habían tenido como huésped al descubridor de un mundo. Este hombre que tanto procuró a España, continuó en su ignorancia, y a pesar de que realizó unos cuantos viajes más, siguió pensando en Cipango y en la corte del Gran Khan.

Hoy ya nadie ignora que las consecuencias de su descubrimiento fueron de valor incalculable. Sin embargo, transcurrido algún tiempo, los europeos del norte de los Alpes no tenían noticias del descubrimiento. Los portugueses e italianos fueron, después de los españoles, los primeros en enterarse de la tremenda hazaña, pero hasta el 1º de noviembre de 1493 en carta dirigida por Pedro Mártir de Angleria al cardenal Sforza, todavía se piensa en islas desconocidas situadas frente al Asia. De su comunicación se deduce que él fue el primero en denominar la región descubierta como un "Nuevo Mundo", al hablar de Colón

como del "Reporter ille Novi Orbis". En 1538 el mundo de Colón pasó a denominarse América, derivado del nombre de otro ilustre marino, Américo Vespucio, quien tiene el mérito indiscutible de haber afirmado que la región descubierta no era el Asia sino un Nuevo Mundo hasta entonces ignorado, según se deduce de un párrafo de su carta dirigida a Lorenzo de Médicis: "Con perfecto derecho puede darse a estas tierras el nombre de Nuevo Mundo". Esta lúcida apreciación puso punto final a las dudas y en una Cosmografía que se editó en Saint Die se acuñó el vocablo "Amerige o América".

La consecuencia más importante quizás fue que "el centro de gravedad del mundo se desplazó a las costas norte y nordeste de Europa, y desde entonces el centro del poder del hombre blanco quedó fijado para siglos en el mismo punto: las dos costas del Océano Atlántico, el cual, gracias en buena parte a la gesta audaz de Co-

lón, se convirtió en otro Mediterráneo".

Entre los dones que el viejo mundo procuró al nuevo por intermedio de Colón y de sus seguidores podemos recordar reses bovinas, ovejas, cerdos, caballos (desaparecidos hacia ya mucho tiempo del Nuevo Continente), semillas de cereales y por sobre todo la caña de azúcar.

Las reacciones de algunas cortes europeas, luego que se noticiaron del descubrimiento, revelan su desconcierto y decepción por el éxito que se anotaron los españoles. El buen rey de Portugal, don Juan, escuchó con desesperación la noticia del feliz regreso y no pudo menos de exclamar: "Estaría yo ciego?", "Por qué dejé escapar a ese hombre?". El rey de Francia, Francisco I, reaccionó diciendo "Mostradme el testamento de Adán", cuando algún tiempo después hubo de contemplar con las manos cruzadas, que en virtud del tratado de Tordesillas España y Portugal se repartían el mundo descubierto por Colón.

#### BIBLIOGRAFIA

- 1) Historia de las Colonizaciones.  
**Rebé Sedillot.**
- 2) Suramérica.  
**Ernest Sanhaber.**
- 3) Explorador Maya.  
**Victor Wolfgang Von Hagen.**
- 4) Los Mayas.  
**José Repolles.**
- 5) El Imperio Socialista de los Incas.  
**Louis Baudin.**
- 6) Historia de América.  
**Diego Barros Arana.**
- 7) La aventura de los primeros descubrimientos, audacia y heroísmo de los descubrimientos modernos  
**Paul Hermann.**
- 8) Los indios de las Américas.  
**John Collier.**
- 9) Occidente durante los siglos XIV y XV.  
**Jacques Heers.**

- 10) Historia de la Cultura en la América Hispánica.  
**Pedro Enrique Ureña.**
- 11) Historia de la Esclavitud.  
**Luis Bonilla.**
- 12) Historia Económica de Colombia.  
**Jorge Echeverri Herrera.**
- 13) Escrutinio sociológico de la historia de Colombia.  
**Luis López de Mesa.**
- 14) De cómo se ha formado la Nación Colombiana.  
**Luis López de Mesa.**
- 15) Economía y Cultura en Colombia.  
**Luis Eduardo Nieto Arteta.**
- 16) Les Premiers Hommes.  
**Nardaillac.**
- 17) La esclavitud en América.  
**Rolando Mellafe.**
- 18) Economía y Hacienda Pública.  
**Abel Cruz Santos.**
- 19) Principios generales de historia, economía y sociología.  
**Charles Morazé.**
- 20) Manual de Historia de España.  
**Rafael Altamira.**
- 21) La civilización contemporánea.  
**Seignobos Carlos.**
- 22) Las civilizaciones prehispanicas de América.  
**Salvador Canals Frau.**
- 23) Viajes y Viajeros. Viajes por la América del Sur. Libros y fuentes sobre América y las Filipinas.  
**Biblioteca Indiana-Ediciones Aguilar.**
- 24) La España del Siglo de Oro.  
**Francois Pietri.**
- 25) La Revolución Mejicana.  
**Jorge Vera Estañol.**
- 26) Espíritu y Milicia en la España Medieval.  
**José María Garate Córdoba.**
- 27) Historia de la Administración Española e Hispano-Americana.  
**Juan Beneyto.**
- 28) Los mulsumanes de España.  
**Reinhart P. Dozy.**
- 29) La España de los Españoles.  
**Publicaciones Españolas.**